



«ESCALONA»

Soledad Martorell y Castillejo, Téllez de Girón y Wall, duquesa de Escalona y Almenara Alta, marquesa de Villena, condesa de Alba de Liste, es, hoy por hoy, una de las mujeres más jóvenes que ostentan en nuestra Patria título nobiliario. La duquesa de Escalona es una muchacha muy joven, casi una niña; alta, comedida y hermosa. En presencia de su madre, la duquesa viuda de Almenara Alta, hablo con ella:

—¿Aficiones?

—Pues verá... Adoro, sobre todas las cosas, la música y me gusta escribir. Esto último pienso que me viene de familia, ya que entre mis antepasados hubo excelentes escritores. Soy una entusiasta de las artes en general.

—¿Y su vida, duquesa, cómo es? ¿Le gusta viajar, frecuentar el gran mundo? ¿Tiene preferencia por algún "sport"?

—Deportes no practico ninguno; jamás sentí inclinación hacia ellos. En cuanto a mi vida, es más recogida que mundana... Yo sentía veneración por mi padre, y su asesinato por los rojos, en noviembre de 1936, me produjo una enorme impresión. Desde entonces, me he recogido en mi casa, llevando una existencia poco agitada. Aquí, con mis familiares, mis lecturas, mis amistades, nada echo de menos. Estoy tranquila y soy feliz.

¿Qué expresión bondadosa e ingenua tienen los ojos de la duquesa de Escalona! Esta mujercita de diecisiete años tiene su filosofía profunda, nacida de un temperamento equilibrado de mujer que, en sus pocos años, quizá ha vivido mucho...

La tarde cae tras los cristales del Palacio de Almenara, y una última claridad nimba de quietud, de dulzura, las últimas palabras de Soledad Martorell, duquesa de Escalona...

El ducado de Escalona fué concedido por el rey Enrique IV a don Juan Pacheco, maestre de Santiago, en el año de 1472. Anteriormente, en 1470, el mismo rey le había hecho donación perpetua de la villa, alcázar y fortaleza del mismo nombre. Con anterioridad aun mayor, en 1445, le fué otorgado al mismo don Juan Pacheco el título de duque de Villena. Casó con doña María Portocarrero, que fué, por consiguiente, en virtud de su matrimonio, primera duquesa de Villena y Escalona.



«LERMA»

Corresponde el título de primera duquesa de Lerma a doña Catalina de La Cerda, hija de don Juan de La Cerda, cuarto duque de Medinaceli, y de la duquesa doña Juana Manuel de Portugal. Se duda si nació en Medinaceli o en Cigales. Fué dama de la reina doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y previas capitulaciones, en Madrid, a 10 de mayo de 1576, casó con don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, entonces quinto marqués de Denia, después duque de Lerma y primer ministro de Felipe III. Fué camarera mayor de la reina doña Margarita de Austria y madrina de bautismo de la infanta doña Ana Mauricia, reina de Francia, mujer de Luis XIII y madre de Luis XIV.

Murió antes que su marido, el famoso valido de Felipe III, quien es sabido fué luego cardenal de la Santa Iglesia Romana del título de San Sixto.

Han pasado tres siglos y medio, y hoy, en una tarde otoñal, mis ojos de caballero-periodista han recogido con unción antigua y venerada la silueta de la actual duquesa de Lerma. Paz Fernández de Córdoba y Fernández de Henestrosa es una estampa de auténtica nobleza: alta, muy alta, coronada su esbeltez por una diadema de rubio cabello en arco triunfal sobre la claridad brumosa de sus ojos...

—Soy, sí, sobrina del duque de Lerma, asesinado por los rojos el 10 de septiembre de 1936. Mi padre es el duque de Medinaceli. Mi esposo es don José Larios y Fernández de Villaviciencia, con el que me casé en 1939, y del que tengo dos hijos: Clara y Pablo...

—¿Aficiones?

—Me gusta el aire libre, el deporte; el golf y los caballos, sobre todos los demás. Mi principal ocupación actual es el hogar, que me retiene y me impide el contacto con el mundo... Y de la vida del espíritu, pues verá... Hace tiempo, de niña, fui una excelente dibujante; ayudada por maestros y guiada por mi vocación, llegué a conseguir cosas bastante aceptables... Pero aquello pasó y hoy no queda ni rastro!... Leo lo que puedo; me gusta el teatro y la música...

—¿Viajes?

—Me encanta viajar. De poder, me gustaría recorrer países extraños. Conozco Italia, Francia, Inglaterra.

—¿Y nació usted...?

—Soy madrileña.

—¿Pasó la guerra en Madrid?

—No. El Movimiento me sorprendió en Francia. Poco después de iniciado, pasé a Sevilla. Allí puse mi granito de arena en pro de la causa de Franco; serví en un hospital y en Auxilio Social. En 1939, como le he dicho, contraí matrimonio. Mi marido pertenecía a la sazón, como capitán de Aviación, a la escuadrilla del inolvidable Morato...

Sigue la charla por derroteros variadísimos, iluminados siempre por la gracia y amenidad que la duquesa pone en su conversación. Pasado un gran rato en su grata compañía, me despido. Al salir, sobre un Madrid neblinoso, caen las primeras gotas tristonas de cualquier lluvia tristonas...



«SANTA CRUZ»

Casilda Santa Cruz es, ante todo, una simpatísimísima mujer que me acoge sin etiquetas, pres-tándose encantada a esta intervención casi quirúrgica que es la interviú. Con elegante desenvoltura y fina ironía responde así a mis preguntas:

—Como usted sabrá, el título del marqués de Santa Cruz fué otorgado a don Alvaro del Bazán, el famoso almirante de Lepanto. Casó primeramente con doña Juana Zúñiga, hija del conde de Miranda, y al enviudar de ésta, con doña María Manuela. Pero de todas mis antepasadas, acaso la más interesante sea la quinta, mujer de gran temple y extraordinaria personalidad...

—Ahora hábleme usted de la actual marquesa de Santa Cruz.

—Me llamo Casilda Silva y Fernández de Henestrosa y me casé recientemente con don José Fernández Villaverde y Roca de Togores, primer secretario de la Embajada de España en Londres.

—¿Puede hablarme la señora marquesa de sus inclinaciones?

—Hay en mi vida una gran pasión: montar a caballo. También viajar me entusiasma; conozco Francia, Austria, Italia y Alemania... Y de placeres intelectuales propiamente dichos, la lectura; con preferencia la Historia. De artes, la pintura sobre todas, y entre los pintores, Goya.

—¿Qué hermanos tiene usted?

—Únicamente una hermana, María Luisa, casada con don José María Quijano... Tenía también un hermano, un muchacho alegre y valiente, marinero voluntario durante la Cruzada en el crucero "Canarias". Un accidente desgraciado, ocurrido en Palma de Mallorca, nos hizo perderle a la edad de veintidós años... Se llamaba Alvaro, como el de Bazán, y su amor ferviente hacia el mar prometía un magnífico marino.

Para borrar esta amarga evocación, solicito de la marquesa de Santa Cruz el placer de visitar sus salones. Con rápida ojeada recorro algunos: estancias cuidadas, señoriales y tranquilas, con cuadros de almirantes, damas y títulos del reino, todo presidido por un gusto clásico y exquisito.

Después de un rato de recorrer los salones, lógicamente la visita toca a su fin. Desde lo alto de la escalinata de mármol la marquesa me despide.

